

LA VIDA COTIDIANA DE LOS SOLDADOS RASOS EN LA GUERRA DE LOS MIL DIAS¹

Juliana Mojica Sanabria²

Resumen

Esta investigación planteó el análisis de la reconfiguración de la vida cotidiana de los soldados rasos en los campos y campamentos de batalla de la guerra de los Mil Días, a partir de unas prácticas sociales y su ritualización, las cuales permitieron establecer la construcción de una ética, costumbres, normas, roles, mimesis y lenguajes. Para ello, se trabajó en primer lugar, la construcción conceptual de *vida cotidiana* y su relación con el *estado de excepción*, en segundo lugar, la vida en campaña del soldado a partir del soldado rosa, la disciplina militar en prácticas como el reclutamiento, los castigos, la desertión, instrucción militar y actos delictivos, así mismo el abastecimiento relacionado a la alimentación y equipamiento, también las condiciones sanitarias asociadas al trato de los cadáveres y sus implicaciones en las condiciones de vida de los soldados, el tratamiento de enfermedades y heridos. Llegando a mostrar que en la Guerra de los Mil Días se estableció una reconfiguración de la vida cotidiana de los soldados de forma "espontánea" a partir de aspectos militares; donde dicha reconfiguración permitió explicar desde otra perspectiva histórica los fenómenos de movilidad social, militarización de la sociedad y nuevos modos de sociabilidad relacionados a la guerra a nivel político y social.

Palabras Claves: Vida Cotidiana, Reconfiguración, Guerra de los Mil Días, estado de excepción, lo cotidiano, soldado raso.

Abstract

Info@métrica | Serie Sociales y Humanas

This investigation raised the analysis of the reconfiguration of the everyday life of the level soldiers in the fields and camps of battle of the Guerra de los Mil Días, from a few social practices and its ritualización, which allowed to establish the construction of ethics, customs, norms, rolls, mimesis and languages. For it, the military discipline one was employed first of all, the conceptual construction of *everyday life* and its relation with the *state of emergency*, secondly, the life in campaign of the soldier from the pink soldier, at practices like the recruiting, the punishments, the desertion, military instruction and criminal acts, likewise the supplying related to the feeding and equipment, also the sanitary conditions associated with the dealing of the corpses and its implications in the living conditions of the soldiers, the treatment of illnesses and injured men. Going so far as to show that in the Guerra de los Mil Días there was established a reconfiguration of the everyday life of the soldiers of "spontaneous" form from military aspects; where the above mentioned reconfiguration allowed to explain from another historical perspective the phenomena of social mobility, militarization of the society and new ways of sociability related to the war at political and social level.

Key words: Everyday life, Reconfiguration, Guerra de los Mil Días, state of emergency, the daily thing, level soldier.

¹ Artículo inédito de investigación realizado en la Universidad Autónoma de Colombia.

² Historiadora de la Fundación Universidad Autónoma de Colombia Dirección electrónica: mjulims@gmail.com

Cuando se plantea una reflexión y estudio sobre la guerra de los Mil Días (1899-1902), en la mayoría de los casos, se tiende acudir al análisis de las grandes estrategias militares, los conflictos políticos, las crisis económicas, las biografías de los generales, y el impacto de la guerra en los espacios o actividades de la población civil; empero, se encuentran escasos trabajos historiográficos en torno a las experiencias y formas de vida de los combatientes en la guerra. Es por esto, que este trabajo surge del interés por observar y explorar el componente humano de la guerra de los Mil Días, a partir del análisis de la reconfiguración de la vida cotidiana de los soldados rasos en los espacios bélicos.

El trabajar la reconfiguración de vida cotidiana en el suceso de la guerra civil, requirió establecer las categorías de tipo conceptual *vida cotidiana* y *estado de excepción*, para comprender cómo se da la reconfiguración de la vida cotidiana, su significado y el papel de la excepcionalidad en esta. Para ello, se realizó una revisión de diferentes autores con la finalidad de llegar a construir un concepto propio, que se pudiera aplicar al tema de investigación; la indagación de los conceptos buscó identificar cómo se plantean en sí mismos y en su desarrollo dentro de una situación específica o hecho histórico.

Los trabajos de vida cotidiana se han venido consolidando desde la historia social británica y marxista, la microhistoria, la historia cultural, la historia de género y la historia regional, entre otras. Debido a la crisis de la imprecisión y delimitación teórica, que han llevado a replantear el quehacer historiográfico en nuevos objetos de estudio, puntos de análisis y observación como las mujeres, la comida, el traje, los barrios y el tipo de muebles de los campesinos, etc; el propósito es mirar los procesos históricos sociales desde otras perspectivas diferentes a las visiones tradicionales como la historia de los héroes, las elites y las civilizaciones. Es así que, la historia de la vida cotidiana estudia comportamientos y redes sociales en función del cambio social, a partir de las circunstancias materiales, formas de vida, valores y experiencias, permitiendo así reconstruir las prácticas sociales, los modos de sociabilidad y la reproducción social; un ejemplo de lo anterior, son los trabajos historiográficos de John Waton, Alf Lüdtke, Maurizio Ridolfi y Pilar Folguera.

Sin embargo, estos trabajos presentan limitaciones para vincular la excepcionalidad, por considerarse algo “no cotidiano”. Es así que, para este trabajo se estableció una articulación entre la categoría de *vida cotidiana* y *estado de excepción*, a partir de los planteamientos del historiador Henri Lefebvre, quien en sus investigaciones ha trabajado los usos y las funciones del concepto de vida cotidiana en los hechos históricos “cotidianos” y “no cotidianos”; llegando de esta forma a plantear la crisis de la vida cotidiana en torno a su uso, definición y aplicación a ciertos tipos de hechos históricos.

Para Henry Lefebvre (1972), “la vida cotidiana son los encadenamientos y conjuntos que integran y conforman el todo de la sociedad, determinada por un contexto de relaciones sociales específicas; un espacio que otorga sentido y delimita acciones; y un tiempo lineal-cíclico

donde se observan las continuidades y discontinuidades”. La vida cotidiana está inscrita en el tiempo histórico de los acaeceres sociales y las pluralidades de sentidos que van más allá de las operaciones individuales. Dentro de la historia, la vida cotidiana es la capacidad de transformación social de lo cotidiano³, entendido este como las expresiones particulares de la construcción histórica de la sociedad.

Frente a lo anterior, es fundamental dilucidar cómo se da la vida cotidiana dentro de un fenómeno “no cotidiano” o un estado de excepción la vida cotidiana; Lefebvre afirma, que el concepto de vida cotidiana ha sido usado en el análisis de procesos sociales e históricos, como una fragmentación que se expresa en las simples operaciones de la sociedad; concepción que lleva a la esencia de la vida cotidiana; dado por los encadenamiento y conjuntos que integran las construcciones sociales, que se dan en la vida cotidiana, donde se llevan a cabo las relaciones de los seres humanos con los bienes, ritmos, tiempos, espacios y conflictos.

De igual forma, Agnes Heller (1972) analiza la vida cotidiana como la vida de los hombres que participan con todos sus aspectos individuales, cuya característica es su jerarquía y heterogeneidad que les permite modificarse según las estructuras sociales; así mismo, en la historia es el centro del acaecer histórico, la esencia de lo social y medio para ver la reproducción de la sociedad, principio de existencia humana. Al estar presente en toda la sociedad, en ella se expresan y surgen los grandes cambios sociales, debido al acto de objetivación, proceso en el cual el individuo deviene “exterior” y en el que sus capacidades humanas “exteriorizadas” comienzan a vivir una vida propia e independiente de él, sin desligarse de la vida cotidiana. Lo anterior lleva a un doble sentido: por un lado, un proceso de continua exteriorización del sujeto y por otro lado, el proceso de reproducción particular.

Por último, Michel de Certeau (1990) plateó un análisis teórico sobre cómo las acciones de la vida cotidiana pueden percibirse como prácticas culturales; él define e identifica las prácticas sociales como el “arte de hacer”, esto es, los “estilos de acción” a partir de las maneras de hacer” de los individuos a través de su vida cotidiana y diferenciados por el asunto, la forma, el tiempo, el lugar, las situaciones y las circunstancias; todo ello, lleva a la reflexionar sobre las prácticas cotidianas, su riqueza, diversidad y sentido.

Los análisis y reconocimientos de la vida cotidiana, según los trabajos de los autores anteriores, se han hecho desde elementos cómo: 1) la ética, como inhibición del individuo y la transformación de su conducta; 2) las costumbres (vínculos sociales) el conjunto de actos a través de los cuales el sujeto controla y hace visibles las implicaciones simbólicas de su comportamiento en las relaciones con el otro; 3) la relación espacio- tiempo referida al control

³ Se entiende por cotidiano los modos de operar, hacer las cosas u operaciones individuales de la sociedades expresadas en rutinas o hábitos diarios. Según la definición de Michel de Certeau en *La invención de lo cotidiano*.

corporal, la conciencia ligada a las prácticas sociales y al grupo de objetos que intervienen en estas, observándose así la movilidad de la vida cotidiana; 4) el lenguaje para acceder al medio a través de la evaluación y configuración de las prácticas; 5) los roles, esto es, las formas de apropiación del conocimiento de lo cotidiano; y 6) las prácticas sociales.

Por otro lado, teóricos como Giorgio Agamben (2004) han planteado el concepto *estado de excepción* para delimitar los mecanismos constitucionales usados en situaciones extraordinarias (catástrofes naturales, perturbaciones graves del orden interno, guerras e invasiones) que se caracterizan por la suspensión o restricción (parcial o total) de algunos derechos, y que marcan discontinuidades por condiciones “externas” a ellos, es decir, por las decisiones de un grupo particular. Estos planteamientos del autor permiten comprender que los estados de excepción llevan a las rupturas de las ritualizaciones y prácticas sociales que exigen la reconfiguración de la vida cotidiana a partir de las discontinuidades que en ella coexisten.

Además, el estado de excepción se da en la objetivación de la vida cotidiana, no solo por un dictamen estatal, sino por cualquier situación inusual o conflicto que transforma y reestructura la vida cotidiana, mostrando así que la excepción hace parte de esta; por ejemplo, cuando una persona se enfrenta a la muerte de un ser querido, este suceso lleva a que se modifiquen o ajusten las acciones o prácticas que solían vincular al fallecido, lo cual no hace que su vida cotidiana cese o culmine, sino que continúe con variaciones; siendo una característica de la vida cotidiana las discontinuidades.

En sus investigaciones Henri Lefebvre y Agnes Heller plantean la necesidad de una reconceptualización de la vida cotidiana en la investigación histórica, la definen como una estructura de y para el análisis histórico-social, cuya característica es su capacidad de ser continua, es decir, que se mantiene en una temporalidad; tiene movimiento; y se transforma según el espacio, el tiempo, los sujetos y los hechos. Esto no solo permite ver a través de ella las rutinas o costumbres sociales, sino otros aspectos como el lenguaje, las relaciones sociales y la configuración de colectivos, que en el caso de esta investigación, son los soldados rasos y la evidencia del factor continuo y encadenante de la vida cotidiana, antes, durante y después de la guerra. Siendo así la vida cotidiana, donde se analiza y estudia la construcción social, a partir de las relaciones sociales de los sujetos que se mantienen y sufren transformaciones abruptas o discontinuidades, en los estados de excepción.

Nuestra aproximación al concepto de la vida cotidiana se inscribe en la necesidad de conocer las continuidades y discontinuidades en una sociedad específica, y las relaciones sociales que en ella se establecen y la reproducen. La vida cotidiana tomada como categoría de análisis, nos permite observar las características, las transformaciones y movimientos de la sociedad a través de las prácticas sociales, mostrando de esta forma los fenómenos históricos que influyeron y repercutieron en las estructuras sociales.

Teniendo en cuenta los planteamientos de los autores, definimos el concepto vida cotidiana como *un continuo con transformaciones constantes, de movimiento abrupto y afable a nivel de las prácticas sociales de lo cotidiano y la ritualización, donde los estados de excepción hacen parte de sus discontinuidades; esta definición permite analizar, observar y reconocer la reproducción, construcción, reconfiguración y el orden social específico, vinculado a procesos históricos sociales acaecidos*⁴.

Para este estudio, planteo el análisis de la reconfiguración de la vida cotidiana en los espacios de la guerra, a partir de las categorías de: 1) Práctica social: forma en que el hombre se apropia de las condiciones en que vive, produce experiencias, y usa modos de expresión e interpretación de su realidad (Walton, Lüdtke, Ridolfi, Folguera, Graccia, 1995); utilizaremos para analizar los aspectos propios de la vida del soldado en la guerra de los Mil Días como el reclutamiento, el abastecimiento, los delitos, las enfermedades, entre otros. 2) Estructuras de relación básica: actividades colectivas asociativas que se han formalizado en las relaciones interpersonales a través de la ética, las normas, el lenguaje, la mimesis y las costumbres (Walton et al, 1995), los cuales permiten comprender la reconfiguración de la vida cotidiana del soldado como instrumento legitimador de prácticas asociadas a la militarización de la sociedad o la organización de colectivos. y 3) Lo cotidiano: modos de operar o hacer las cosas, esto es, operaciones individuales de la sociedad expresadas en rutinas o hábitos diarios, desde donde se pueden observar y comprender las rupturas, transformaciones y reconfiguración de la vida cotidiana como fenómenos históricos y causales de la estructura social (Walton et al, 1995).

La guerra como hecho excepcional de la vida cotidiana marca discontinuidades que responden más a condiciones “externas” y llevan a la reconfiguración de la misma vida. Al culminar el estado de excepción, la vida cotidiana continúa a partir de las transformaciones; ya que el suceso de la guerra ha inscrito en ella; una experiencia social en la medida en que está catalogada dentro de las transformaciones o discontinuidades, que hacen posible la existencia de la vida cotidiana en lo social. Algunos elementos que permiten comprender esta articulación conceptual son los roles determinados por relaciones y funciones específicas de la sociedad expresada tanto en los sujetos que la integran, como el espacio tiempo que sirve como delimitación, expresión de lo continuo y discontinuo en la estructura social.

En este caso, el estado de excepción se encuentra en la guerra civil de los Mil Días definida por una cuestión de política ideológica que llevó a una cadena de acontecimientos catastróficos, conflictivos y críticos a nivel nacional, planteando un problema de principios, formas y límites de la soberanía del Estado. Todo lo anterior legitimó un estado de excepción bajo una unidad política en común y un mismo orden jurídico (Traverso, 2009).

⁴ Esta es la definición propia del concepto *vida cotidiana* para el trabajo, que se construyó a partir de lo planteado por los autores como Agnes Heller y Henri Lefebvre.

En relación a la metodología, se asumieron dos premisas fundamentales: en primer lugar, se entendió las prácticas de los soldados a partir de los testimonios y se hizo un seguimiento a la información privilegiada que ofrecen los diarios, los cuales registran y ofrecen una perspectiva de los eventos, como diría Rosana Guber (2011), "que los involucran", como registro del "etnógrafo" de la época, quien "inscribe" discursos sociales, y "al hacerlo, se aparta del hecho pasajero que existe solo en el momento en que se da y pasa a la relación sobre el hecho a través de sus inscripciones y que puede volver a ser consultada" (Geertz, 200, p. 25). En segundo lugar, la utilización de la metáfora de la cartografía, permitió trazar mapas de las prácticas cotidianas, operando como recurso de exploración e identificación de los múltiples tejidos cotidianos que hacen visibles los universos de referencia y en ellos, las reconfiguraciones de la vida cotidiana en los nuevos espacios de su transcurrir y de experiencia: los campamentos y campos de batalla.

Es de anotar, que partiendo de nuestra formación disciplinar, la investigación se sitúa en la historia social, y que la metodología se nutrirá con aspectos del método histórico en lo concerniente a la heurística como procedimiento de localización y recopilación de las fuentes documentales (Topolsky, 1997); las operaciones analíticas corresponden a la crítica de los documentos, las operaciones sintéticas de clasificación de los datos y la elaboración de categorías; y el método crítico se basa en el Análisis Mediático del Discurso (AMD).

Del AMD la investigación propuso tomar herramienta para el análisis de acciones y prácticas, según los planteamientos de Ron Scollon (2003), quien plantea como objeto de estudio la acción social cómo base de las relaciones de poder, sugiriendo además herramientas inductivas en la relación de acciones de plano inferior y superior, es decir, la articulación de acción (en sus múltiples planos) con las cuestiones generales de interés. Se llega a establecer la manera cómo las acciones o prácticas sociales generan la reconfiguración de la vida cotidiana del soldado en los espacios de la guerra de los Mil Días, es decir, en el caso de los diarios y documentación se puede analizar el lenguaje tanto de la elite militar, como del soldado, de sus familiares y del Estado, que muestran elementos asociados a aspectos sobre el tratamiento de cadáveres, la alimentación, la disciplina militar, el tipo de castigos y las concepciones del soldado raso, que dejan ver las continuidades y discontinuidades de la vida cotidiana al interior de la guerra antes cita.

La exploración e indagación de fuentes primarias, nos llevó a recurrir a un corpus de memorias y diarios de los combatientes, en su mayoría oficiales tanto liberales como conservadores, que narran con detalle los acontecimientos bélicos, las experiencias y las formas de vida durante los enfrentamientos de los diferentes participantes; en algunas ocasiones se logra escuchar al soldado y su percepción de la guerra en relación con las condiciones de vida, las angustias, los miedos, los anhelos y saberes. De estos escritos se resalta como aporte la descripción detallada y escueta que posibilitó construir una cartografía de las prácticas sociales en la guerra, que es casi invisible en los documentos oficiales, y expresa la reconfiguración de la vida cotidiana de los

soldados rasos, en la medida que muestra acciones y dinámicas en la transición de los campesinos a soldados rasos.

Por otro lado, se recurrió a los fondos documentales de: El Archivo General de la Nación (AGN); el Ministerio de Defensa Nacional (Hojas de vida de veteranos de guerra; Correspondencia y Órdenes); el Ministerio de Guerra. También a los Decretos legislativos expedidos durante la guerra 1899-1902 (Leyes de Colombia) de Manuel José Guzmán, pertenecientes al Archivo General de la Nación. En estas fuentes se pueden mostrar los procedimientos y manifestaciones oficiales de la guerra sobre la alimentación, el armamento, las dotaciones, el entrenamiento, la reclusión, los castigos y delitos considerados para la soldadesca, al igual que algunos testimonios de información básica de los soldados antes de su ingreso a la guerra y durante su permanencia en ella.

Es así que, estas fuentes primarias le permiten al lector conocer a los soldados rasos como hombres, mujeres, niños y ancianos del común, que son arrastrados a circunstancias extraordinarias de su vida cotidiana; cada uno de ellos con un cuerpo que alimentar, mantener y resguardar de la inminente posibilidad de morir, por ideales y causas que no son suyas; una mirada a la condición real de la vida cotidiana de aquellos combatientes que vivieron esa transición de una vida en el campo a la vida en el campo de batalla; sustentada en la necesidad de sobrevivir.

Infométrica | Serie Sociales y Humanas

El siglo XIX estuvo determinado por las guerras civiles. La guerra de los Mil Días fue una de las más significativas dada su magnitud y alcance bélico; de igual forma se considera importante por cerrar el siglo XIX y el periodo de las guerras civiles. Esta contienda resaltó: la lucha y confrontación de los proyectos de elites; el desconocimiento de la legitimidad del Estado por parte de la oposición al gobierno; la heterogeneidad y la fragmentación socio territorial, lo cual dio paso al establecimiento de un estado de excepción a nivel nacional, cuyos resultados fueron tres años de contienda bélica donde participaron las diferentes clases sociales del país y se reconfiguró la vida cotidiana de los combatientes, en este caso, los soldados rasos, a partir del establecimiento y de la transformación de prácticas sociales, ritualizaciones, costumbres y hábitos.

Este trabajo además de indagar en las condiciones materiales y los parámetros culturales de la existencia diaria de los soldados rasos como colectivo, también miró otros fenómenos histórico-sociales nacidos por las dinámicas de la guerra como: la militarización de la sociedad y las experiencias de la misma, las cuales llevadas más allá de una cierta duración e intensidad, generaron efectos profundos y duraderos en los modos de sociabilidad de los soldados rasos, en contraposición a su papel antes de la guerra como campesinos. Así mismo se estudiaron sus condiciones sociales, políticas y culturales.

En la Guerra de los Mil Días se estableció una reconfiguración de la vida cotidiana⁵ de los soldados rasos de forma “espontánea” en los campamentos y campos de batalla, a partir de la disciplina militar, el abastecimiento y las condiciones de sanidad, las cuales se conformaron a partir de prácticas sociales y ritualizaciones de la vida militar fusionadas con la vida del campesino, peón o trabajador; se observaron desde otra perspectiva histórica los fenómenos de una posible movilidad social, los nuevos modos de relacionarse y de militarización de los grupos durante el periodo de la guerra, los cuales influyeron en los aspectos políticos, económicos y sociales del país. Es por eso que, es fundamental hablar sobre los soldados rasos, es decir, quiénes eran, que características tenían, que funciones desempeñaban, de dónde venían, qué hacían antes de entrar a la guerra y cómo se les veía.

Cuando se habla de los soldados rasos de la guerra de los Mil Días, se va más allá de la estrategia, la táctica y las formas de combate, y se supera la historia de vencedores y vencidos, pues se trata del componente humano que permite ver la realidad de la guerra en el cambio de la forma de vivir y en las experiencias de sus participantes. Una forma de conocer a los soldados es la representación gráfica como, por ejemplo, la de Darío Gaitán titulada *Voluntarios* y la de Peregrino Arce que lleva el nombre de *Libres de Ocaña* los dos destacaron sus características físicas, vestimentas y actitudes. Otra forma de imaginarlos ha sido a través de la historiografía que mostró a los soldados como prisioneros de guerra, más no como combatientes; algunas descripciones se refieren a los soldados rasos como “hombrecillos flácidos en condiciones de vida lamentable, maltratados y muertos de hambre” (Grupo de investigación Religión, cultura y sociedad, 2005, p. 158).

Los soldados rasos fueron hombres, niños, mujeres y ancianos de los sectores populares, en su mayoría campesinos que, en ocasiones, lograron escapar antes del reclutamiento, pero que, por condiciones económicas, sociales y políticas terminaron más temprano que tarde en la guerra que a su vez se convierte en el quehacer diario. Además, se les caracterizó como: indisciplinados, improvisados, analfabetas, pobres, rurales, trabajadores, vagos y criminales. En relación con el número de combatientes, se ha llegado a considerar que aproximadamente el 10, 4% fueron soldados con instrucción militar o conocimiento bélico, los que conformaron las tropas tanto liberales como conservadoras. Así mismo, a partir de los expedientes de las hojas de vida veteranos de la guerra de los Mil Días del AGN se deduce que el rango de edades de

⁵ *Vida Cotidiana* como un continuo con transformaciones constantes y movimiento de tipos abrupto y afable en las prácticas sociales de lo cotidiano y la ritualización, que permite analizar los estados de excepción como parte de sus discontinuidades; desde donde se analiza, observa y reconoce la reproducción y construcción social específica del todo social. *Lo cotidiano* como modos de operar, hacer las cosas u operaciones individuales de la sociedad que se expresan en rutinas o hábitos diarios, desde donde se puede observar y comprender las rupturas, transformaciones y la reconfiguración de la vida cotidiana como fenómenos históricos y causalidades de la estructura social; desde donde se evidencia la reconfiguración de la vida cotidiana del soldado a partir de prácticas sociales determinadas por un estado de excepción.

estos soldados iba de los 14 a los 55 años, con un 2,8% de participación infantil, entre los 10 a 14 años, un 77% de participación entre los 15 y 49 años, y un 20,2 % que correspondió a población entre los 50 a 70 años de edad. En su mayoría, los soldados eran hombres económicamente activos, lo cual explica en cierta forma el aumento de la crisis económica por falta de mano de obra en las haciendas; también participaron mujeres. Por otra parte, más del 50 % de los soldados provenían de zonas rurales y pertenecían a familias nucleares (papá, mamá e hijos) donde hubo más de tres hijos; otros tenían familias monoparentales y extensas donde los hombres eran el sostén económico. En cuanto a las actividades, los oficios y las labores que desarrollaron, estos se relacionaron con el trabajo de la tierra y las artes manuales. Por último, su forma de movilidad e inserción a la guerra fue a través del reclutamiento forzoso o de manera voluntaria.

Otras fuentes documentales son los testimonios y la literatura de los Mil Días: a partir de las descripciones y las narraciones se puede ver la estructura social de la guerra a través de los actores y sus modos de vida. No se puede olvidar que muchos de los relatos cumplieron la función de exaltar, elogiar y adular las acciones partidistas, pero que, si se mira el contenido sobre las relaciones, los comportamientos, los lenguajes y los imaginarios de los combatientes, se logra construir un tejido cartográfico, en el cual se observa que la práctica del reclutamiento de soldados tuvo focos de aumento variados según la región y fase de la guerra; los departamentos del centro, noroccidente y occidente del país fueron los que aportaron más soldados a la guerra de los Mil Días. Así mismo, se encuentra una composición del soldado diverso a nivel cultural y racial, marcada por la pertenencia a una región distinguida por la fisonomía y las formas de comportamiento de los pobladores en particular.

Un ejemplo de ello, se observa en el testimonio de Ramón Manrique, desde donde se podría afirmar que los tipos raciales que llenaban aquellos cuadros eran también heterogéneos:

Hombro a hombro con el indio de las milagreras tierras de Boyacá –sufrido, humilde y obediente como un mulo de carga- marcaban el mocetón santandereano, o el antioqueño o el tolimense de muy definida raza blanca, altivo, valeroso y de iniciativas. Veía se también al llanero de faz y narices de gerifalte, avezado al sol de las llanuras, a las cargas fulgurantes, lanza en ristre, al galope vertiginoso de los caballos. Pertenecían estos a los batallones Arauca y Cravo, del general Avelino Rosas. Por acá advertía se al currutaco bogotano, que no perdía el humor con la desolladura de las verijas ni con el fogueo dl rábano, ni le hurtaba el cuerpo al peligro. Más allá el negro caucano, que lucía su piel tan brillante como el charol, pues los chorros de sudor que se le escurrían con la vía libre, le empapaban la hedentina de los fondillos. Aquello despedía un áspero olor a correas resobadas, a sobaquina alebrestada y a verijas sudadas, que punzaba el olfato a dos leguas. (Jaramillo, 1991, pp. 48-19)

Un caso de asignación del número de reclutas por región o departamento se observa en el documento: "Orden Gral (General) del Ejército del Atlántico para hoy lunes 20 de enero de 1902, en Barranquilla"; en el cual se hace un:

Insertaso a continuación el siguiente decreto dictado por el señor gobernador jefe civil y militar del departamento, que dice: Por el cual se reparte un contingente militar en el departamento. El jefe civil y militar de Bolívar en ejercicio de las facultades extraordinarias de que esta investido decreta: 1º Repártase entre los distritos de las provincias del departamento que en seguida se expresan, un contingente militar en esta forma:

Barranquilla.... 145 hombres Corozal...119 Sabanalarga...142

Carmen.....110 Monpox.....135 Sincelejo...179

Cartagena...173 Magangué ...116

Los alcaldes al hacer la designación entre los vecinos del distrito, tendrán en cuenta que no deben enviar a los que se encuentren en algunos de los casos siguientes: Menores de 17 o mayores de 50; Miembros de congregaciones docentes; Seminaristas; Inválidos y Mutilados. Ninguna persona que haya sido designada como concripto podrá ser puesto en libertad, sin orden expresa de la Gobernación o del comandante en jefe del ejército.⁶

Las funciones y los deberes de los soldados rasos en la guerra de los Mil Días, decretado por la ley y aceptado tanto por el Ejército Nacional conservador como por las fuerzas liberales, fueron: **1)** Tener presente el valor, prontitud, la obediencia y exactitud en la contienda como pilares de su cotidiano; **2)** Cuidar con sus vidas las armas y vestuarios dados, el caso del ejército conservador se les cobró 10 centavos por día en caso de pérdida, al igual que seguir ordenes con ligereza y diligencia; **3)** Combatir, marchar, hacer y deshacer para la guerra sin desagrado o mala voluntad de sus funciones, lo cual fue motivo de reprimenda; **4)** Preparar la comida, las tiendas de campaña, cargar material bélico, servir a los oficiales y dar cuenta de los gastos de alimentos o raciones a los superiores, caso omiso a las disposiciones de la ley y la realidad económica de la guerra donde el soldado no siempre tuvo a disposición la ración diaria básica, ni el pago de salarios para quienes pertenecieron a los ejércitos del Gobierno, teniendo que llegar a acudir al vandalismo y pillaje como medio de sobrevivencia; **5)** Por último, servir como carne de cañón, verdugos, mano de obra para obras públicas o apertura de caminos, cargueros

⁶ Archivo General de la Nación (AGN), Sección: Asuntos Oficiales Fondo: Correspondencia y ordenes (Ministerio de Defensa Nacional) Tomo: 296 Folio: 85.

y electores. Además, el soldado debió soportar calor y frío, ser frugal en la comida y sobrio en la bebida; dormir y velar de día y noche, sin rebusco de cama delicada, ni de silencio.

La participación y el modo de inserción en la guerra varió según el grupo al que se pertenecía, es decir, no fue lo mismo en un ejército liberal que en un conservador, o en una guerrilla. En el Ejército Nacional conservador, los soldados en su mayoría ingresaron por vía del reclutamiento forzoso colectivo e individual, descritos por militares, literatos y testigos como verdaderas carnicerías llevadas a cabo por la premura del conflicto, dirigida a un sector popular cuyas vidas fueron controladas y fiscalizadas por parte de las autoridades; por otro lado, hubo una constante circulación y rastreo de soldados de bandos contrarios entre los ejércitos, dados a la captura de prisioneros de guerra. En las guerrillas, los ingresos se dieron por razones como convicción política, social o religiosa, además de las adscripciones por relación de parentesco, vecinazgo con algún participante, o por dependencia económica hacia el patrón, gamonal o cacique, la cual caracterizó al soldado antes de su ingreso como un ser aislado, sumiso y pobre. Por último, la participación de los soldados liberales y conservadores no contó con un control, debido a los problemas e incapacidades de aplicación de normas, falta de suministros, deficiencia administrativa y descoordinación entre funcionarios locales y nacionales.

En la jerarquía de la tropa el soldado raso ocupó el lugar más bajo, sin posibilidades claras de ascenso, no obstante, algunos testimonios de la guerra relatan ciertos casos donde por heroísmo o valentía al seguir y acompañar a los oficiales en maniobras bélicas suicidas, los soldados adquirieron grados militares: este fue el caso de algunos soldados que acompañaron al General Rafael Uribe Uribe en el puente de Peralonso quien, cuando estaba a punto de ser derrotado, optó por un ataque uno a veinte y afirmó a todo pulmón que “Soldados: aquel que pase el puente de la mano conmigo, por su hazaña, lo asciendo de un golpe a capitán, quede vivo o quede muerto” (Grillo, 1934, p. 108). Por otro lado, esta diferenciación entre los soldados y los demás altos mandos del ejército, en el caso de las fuerzas conservadoras se observó en los valores salariales, el aumento diferencial, los descuentos para auxilio de viudas e hijos de excombatientes fallecidos en el combate, e incluso en el no pago de estos.

Algunos testimonios como los de Max Grillo (1934) y Carlos Chaparro (1936) presentan una mirada de los soldados rasos liberales en la guerra de los Mil Días, como aquellos sujetos incansables, abnegados, contentos a todas horas, para quienes el combate fue una justa y la campaña un torneo donde se lució habilidad y bravura. Existe una estética de la guerra que se presenta en dos escenarios de la vida de los soldados: una, en donde se aprestan a seguir al combate, nerviosos e inquietos, con los ojos encendidos por un fuego que chispea y parece oscilar con las fuerzas del espíritu; el otro escenario es el de la derrota y cólera tras las penurias, marcados por el predominio de la violencia e instintos insociables dados por el despertar de los sentimientos bajos del ser humano frente a la realidad de exterminio, la vivencia en comunidad forzada, la miseria diaria. En este segundo caso, la imaginación se menoscaba con el exceso de fatiga y es constante la lucha del ser humano entre la vida y la muerte.

La mayoría de la información sobre los soldados se encuentra en las descripciones físicas hechas por la oficialidad y la elite como testimonios o referencias para la historiografía, los cuales se caracterizaron por resaltar el aspecto racial: tono de piel, color de cabello y ojos, tamaño de la nariz y boca. Como ejemplo encontramos la descripción de un soldado de 50 a 55 años, así: “estatura regular, pobre de carnes, de color más bien moreno o tostado, de aspecto y maneras que no expresan energías, ojos negros de brillo reconcentrado, frente amplia, cabeza pequeña y escaso cabello” (Chaparro, 1936, p. 19). Una constante de los soldados fue su inexperiencia en el uso de armamento que, en ocasiones llevó a que se hirieran a sí mismos o entre ellos; este fue el caso de un soldado en campaña que iba marchando en las tropas del General liberal Jorge Rendón, cuando de repente se le disparó sin querer un tiro del fusil; la bala hirió al compañero en el brazo, este se echó al piso y comenzó a llorar y gritar de forma desesperante; el general criticó su debilidad e hizo énfasis en la actitud heroica que se debe tener en el combate.

En el caso de la oficialidad del Estado y de los ejércitos liberales se construyó un discurso en relación al soldado cómo un ser anónimo, tanto en los registros como en las memorias de la guerra; esto es claro en el no reconocimiento de su existencia, en los relatos históricos, como protagonistas y parte fundamental del combate, ya fuese, entre los muertos, heridos o desaparecidos. Un ejemplo de lo anterior lo muestra Hermes Tovar (2001) en tu texto *Tras las huellas del soldado Pablo*, quien reconstruyó el componente humano y social del soldado en los Mil Días a partir de la figura de Pablo, quien combatió en la batalla de Palonegro pero que no existió nunca para la oficialidad, pues no hubo documento alguno que respaldara su participación.

Así mismo, se encuentra un discurso moralizador de la sociedad hacia el soldado cuando se le califica como un individuo pernicioso, “vago”, “pillo” y analfabeta, esto es, alguien que vivió toda su vida a partir de su instinto de supervivencia, lo cual, llegaría a explicar sus comportamientos salvajes a la hora de beber y jugar, y su incapacidad para ser disciplinado; una solución al problema del “vago” fue la inserción de estos individuos a la guerra en calidad de soldados, puesto que, la disciplina militar se convirtió un correctivo que logró normalizarlos a través de un régimen de hábitos, normas regulares y adiestramiento del cuerpo; el ingreso a las milicias fue un camino para reintegrar socialmente a sujetos “no aptos” y “desadaptados”, al transformarlos en hombres útiles para el Estado, en un momento, en que la situación de estado de excepción hizo que todo ciudadano fuera un soldado en potencia, listo a defender la Nación.

Tras el largo recorrido al interior de las dinámicas y prácticas sociales de los soldados rasos en la guerra de los Mil Días, tras los sinsabores del reclutamiento; tras las incontables horas de marcha por lugares inhóspitos en condiciones perennes; y tras el tedio de la vida en campaña y los temores del combate, como ejemplos de la reconfiguración de sus vidas cotidianas, se puede afirmar que en la Guerra de los Mil Días se establecen modificaciones de la vida cotidiana de los soldados al interior de los campamentos y campos de batalla, a partir de la disciplina militar, el abastecimiento y condiciones de sanidad, las cuales se conformaron por prácticas sociales y

ritualizaciones como los reclutamientos, los castigos, la desertión, la alimentación, el equipamiento, el vestuario, el trato de cadáveres, el manejo de las enfermedades y heridos.

Cuando analizamos los aspectos militares de la guerra y las prácticas sociales y ritualizaciones en que los soldados rasos participaron y que reconfiguraron sus vidas cotidianas en relación con sus vidas como campesinos, encontramos las vivencias personales del combate, el recurso sistemático de la violencia, la desarticulación progresiva de los medios pacíficos de subsistencia y la concepción extrema de jerarquía del poder y de la autoridad, como ejes de la reconfiguración; estos en la vida cotidiana del campesino, trabajador o peón no existieron o fueron excepcionales, pero que con la guerra y como estado de excepción en su diario vivir surgen y se transforman acciones como la obtención, consumo y significado del alimento, el descanso, la muerte, la enfermedad y las labores etc.

En el caso de la disciplina militar, los campesinos acostumbrados a una rutina diaria caracterizada por diversas actividades como cultivar, vender, comprar o construir; con momentos y espacios de ocio para beber, dormir, hablar o cantar; y con libertades para comer cuando quisieran, irse o no hacer nada; además del conocimiento y dominio sobre sus tareas en el campo, por causa de la excepción de la guerra, sin previo aviso, son convertidos en soldados rasos y llevados al combate. Allí vivieron restricciones al comer, descansar y moverse si querían o sentían la necesidad debido a la inexistencia de comida o por los ritmos del combate; y también sufrieron el sometimiento a una disciplina basada en el castigo físico y la subordinación a otro para sobrevivir.

Descripción de la “diana” para el soldado Flórez:

Dos soldados trajeron una tarima al patio y luego tomaron por los brazos al camarada, ya sin armas y lo pusieron frente a la tarima; allí se le bajaron los pantalones y como este no pudo del miedo, otras manos lo pusieron boca abajo y le ataron las manos y pies, mientras dos cabos hábiles en golpear, cada uno de un lado, comenzaron el acto de despellejar: las varas de rosas arrancaron una tira de piel dejando brecha cadena en la nalga de Flórez, quien se hallaba resignado con los ojos cerrados y dientes apretados. Con cada golpe alzaba enloquecidamente la cabeza y lanzaba un grito, acto que se repitió hasta terminar el número de veces indicada por el oficial. (Mazuera, 1932, p. 56)

Otro tipo de castigo fueron los fusilamientos por desertión en el Ejército Nacional, como medida de escarmiento para la tropa: fue una acción que demostró la no conformidad del Estado con aquellos hombres, que no tenían una razón propia para combatir y que dejaron sus vidas en batallas como las de la Costa del Norte, Santander, Tolima y Cúcuta. Estos cuerpos fusilados fueron arrojados al río Magdalena -comida de buitres- escenario de las navegaciones

en balsa de Ambalema a Honda. Sobre lo anterior se encontró una estrofa al soldado conservador:

Soldado que atrapó la Dictadura en sus pobres moradas campesinas, armados de fusil e infortuna; seguidos por oscuras heroínas. Nube de moscas, hijos de la gleba, convertidos por fuerza en militares, ¡que así el destino sin piedad, los lleva bien lejos, a morir, de sus hogares!, ¡oh carne de cañón, pobres! De todo corazón yo los perdono, condenados están a eterno olvido, y en los eriales, a servir de abono. (Arbeláez, 1936, p. 154)

Igualmente se vieron obligados a realizar tareas para las cuales no tenían conocimiento ni dominio, como el uso de armamento bélico, las acciones de combate y la estrategia militar, que, si no se llevaban a cabo no solo estaba en juego el ganar o perder una batalla, sino su misma existencia. Esto muestra la realidad de la contraposición entre la vida antes y durante la guerra, marcada por continuidades y discontinuidades que permiten dimensionar la reconfiguración de la vida cotidiana por una excepcionalidad, a partir de significados, funciones, modos de hacer y necesidades, en este caso la de los soldados rasos que antes eran campesinos.

La disciplina, las prácticas y la ritualización, que muestran la reconfiguración de la vida cotidiana en la guerra, para los soldados rasos son el reclutamiento, la instrucción militar y los castigos; los cuales estuvieron mediados por la normativa militar y las condiciones de la guerra; es decir, una cosa es el reclutamiento según la regla que delimita y restringe el uso de la violencia física con base en la edad, el sexo, las condiciones físicas y los modos de proceder, pero otra cuestión son los escenarios y necesidades del combate, cuando los reclutamientos se hacen allanando casas, sacando a los campesinos de sus hogares sin tener en cuenta la condición, además del uso de la violencia para someterlo. Esta contradicción entre la norma y la realidad fue una constante para las fuerzas liberales y el Ejército Nacional conservador.

Es el caso de José, un trabajador del ferrocarril, donde no solo se ven las acciones del reclutamiento, sino el control y la fiscalización por parte de las fuerzas militares de la vida privada de las personas, a través de la búsqueda particular de sujetos para la guerra, la irrupción en viviendas y los desalojos, las cuales se viven como excepciones que transformaron la cotidianidad de los habitantes.

A pocos golpes en la puerta, José oyó, sin saber lo que hacía, se levantó a abrir. Eran soldados y le infundaron la orden de seguirlos. Se entregó sin resistencia, ¿Qué había de hacer? Pidió que lo dejaran y entró en puntillas a dar a Ester y a la Niña el beso del adiós y se dejó llevar. Al día siguiente lo vistieron de soldado, le pusieron un fusil en las manos, y ¡en marcha! (Grupo de investigación Religión, cultura y sociedad, 2005, p. 217)

A partir de la desertión, actividad recurrente de los soldados rasos debido a las diferentes casusas, se puede inferir que los soldados apelaron a ella al visualizar la reconfiguración de la vida cotidiana, en tanto se dio una confrontación entre lo vivían en la guerra y cómo era la existencia en el campo, basándose en la noción del bienestar. El existir cotidiano de los soldados, en los campos de batalla, estuvo determinado por hambrunas, padecimiento de enfermedades sin posibilidad de cura, heridas por mutilaciones que cambiaron sus modos de vida, soledad y aislamiento de sus raíces culturales y familiares, debido a los desplazamientos hacia los epicentros del combate. Cuando eran campesinos, sus vidas transcurrían tranquilas en el sentido de que no vivían cada instante pensando en la muerte, ni veían a sus allegados morir trágicamente, además, las necesidades básicas como comer, beber y dormir eran suplidas de forma constante, las condiciones y ambientes de existencia eran dignos y siempre tenían la posibilidad de negarse: todo esto cambió radicalmente con la guerra.

El campesino vivía sencillamente en su pedazo de tierra, sin la angustia o preocupación de ser sancionado físicamente por no haber realizado sus quehaceres o por alguna falla en su comportamiento, ya que existían justicia y protocolos legales que le garantizaron su dignidad e integridad física. Pero, al ser llevado a la guerra como soldado y por las circunstancias del estado de excepción, donde muchos de delitos civiles pasaron a ser juzgados como militares, se convierte en una preocupación y rutina la posibilidad o el hecho de la reprimenda física y moral, la cual no corregía, sino marcaba al sujeto y escarmentaba al colectivo. Entonces, este tipo de actos militares hizo parte de la reconfiguración de la vida cotidiana de los soldados tanto por estar en su día a día, como porque llevó a que estos internalizaran y normalizaran estos actos, llegando incluso a presentar el caso de que los mismos soldados requirieran estos castigos para sus compañeros y además que, disfrutaran de ello.

En relación con el abastecimiento, se considera que fue uno de los aspectos relevantes de la reconfiguración de la vida cotidiana de los soldados, debido a que, en él se articulan elementos como la alimentación, el vestuario y el equipamiento que permiten observar transformaciones, rupturas y continuidades de las prácticas elementales para la subsistencia.

En el caso de la alimentación, varían las formas de obtención, consumo, preparación y variedad. El campesino estaba acostumbrado a sembrar su propio alimento básico y no dependía de nadie para su subsistencia; además, contaba con la posibilidad de intercambiar, comprar, vender o recolectar comida haciendo así que su dieta variaría y fuese rica en almidón y proteína, clave para sus actividades diarias. En cuando a la preparación, el papel de la mujer en la cocina como encargada de la cocción fue fundamental y la presencia de ciertos elementos como el fogón de lecha, la cuchara de palo y ciertos aditivos (por ejemplo, la sal) moldearon la experiencia del consumo, en donde el campesino contó comida caliente y opción de repetir. Por oposición, en los escenarios de la guerra la obtención de alimentos por parte de los soldados rasos fue una actividad ardua y difícil, debido a la carencia de algo comestible y muchas veces se tuvo que acudir a la improvisación, como engaño al organismo: un ejemplo, fueron los caldos con huesos

de la batalla, donde la ilusión era el sabor difuso. Debido a las condiciones de la guerra y las limitaciones en relación con elementos e instrumentos de campaña, no se encontró alguna técnica exclusiva de preparación de alimentos y muchas veces se consumió la comida en su estado natural.

Según el testimonio de un soldado en marcha por Sumapaz:

Después de varios días de marcha encontraron una res en buenas condiciones y al no tener a la mano con qué sacrificarla, uno de los soldados con un pedazo de hierro resolvió córtales las carnes y el rabo al animal, sin que hubiese muerto: se escuchaba el bramido continuo en el ambiente, cada vez que de su cuerpo se le sacaban las lonjas para mitigar el hambre que los devoraba. (Jaramillo, 1991, pp. 48-19)

Acerca del vestuario y equipamiento de los soldados, tanto liberales como conservadores en ejércitos y guerrillas, se observa la continuidad de elementos campesinos como la ruana, la camisa, el sombrero, el machete, el hacha o el azadón, algunos de los cuales, como parte de la reconfiguración de la vida cotidiana, cambiaron su función y necesidad. Antes, el machete y las herramientas eran de uso exclusivo de las labores del campo y el campesino, tenía un claro conocimiento arduo y hábil dominio de las mismas, lo cual en el campo de batalla se explotó, ya no en función de la tierra, sino como armas de combate y de subsistencia; lo anterior debido a la no disponibilidad de armas profesionales, al desconocimiento del manejo y al hecho de que todos los soldados rasos sabían emplearlos.

La utilización del machete le dio una característica particular a la guerra de los Mil Días por ser el arma de combate que más muertes causó. Un ejemplo de ello, es el relato del coronel Francisco Duque (2010), quien de su experiencia en Palonegro resalta la preocupación constante entre los soldados de su tropa por las cargas de machete, que en menos de media hora dejaron más de 300 cadáveres; lo anterior permite comprender por qué la historiografía ha considerado la guerra de los Mil Días como la más sangrienta y cruel de todo el siglo XIX.

En cuanto a vestuario, según las narraciones, se puede deducir que no existió un interés de la oficialidad por homogeneizar a las tropas a partir del uniforme militar para el combate, como sí fue el caso de otras guerras civiles. Esto se dio no solo por falta de recursos, sino también porque el interés de los oficiales no era incentivar la pertenencia del soldado a la tropa, y sí que este combatiera impulsado por medios como el licor, la subordinación, el miedo, y el deseo de volver a su tierra.

Por último, las condiciones sanitarias a través de sus prácticas y ritualizaciones en el trato de cadáveres, enfermos y heridas permitieron identificar las reconfiguraciones de la vida cotidiana de los soldados en la relación sujeto-espacio; ahí donde la existencia de los combatientes estuvo

también determinada por el clima, la geografía y el ambiente que los rodeaba; además es evidente la adaptación de ellos para sobrevivir con agua infectada, la comida en descomposición, los olores fétidos, las amenazas de infecciones en heridas graves y los ataques de insectos o animales salvajes.

Una anciana en su recorrido entre los despojos halló a un soldado con las piernas rotas que se arrastraba en busca de ayuda; ella acudió a su choza en busca de su marido; y entre los dos arreglaron una camilla de varas y juncos para trasladar al soldado, en tanto una tropa en estado de embriaguez iba rematando heridos. En casa, los campesinos lo curaron y lo ayudaron con hilas y ácido fénico, mientras fue llevado a la ciudad para ser atendido por otra familia. (Grillo. 1934, p. 207)

De igual forma, se observa a partir de las fuentes primarias, -cómo se va transformando la relación de los soldados con lugares como iglesias, escuelas y casas, que pasan a ser epicentros del combate y recepción de los escombros y rezagos humanos de la guerra-. A su vez, la iglesia o la casa, que eran eje referente de resguardo, calma y serenidad, donde el campesino compartía con su familia, tenía privacidad y solicitaba ayuda o era escuchado, se convierten en espacios de dolor, angustia, llanto, tristeza y muerte, debido a que se tomaron durante la guerra como ambulancias u hospitales improvisados, para atender a los caídos o heridos.

Con relación a la transformación sujeto-espacio, la implementación de ambulancias por parte de Gobierno durante la guerra de los Mil Días deja observar algunos casos como el de Santander en 1899, cuando la superiora Madre Emerence el apoyo de la ambulancia para la toma de Bucaramanga, dispuso el espacio de una casa que fue adaptada, suministrada y equipada por las tropas liberales, con el fin de atender a los heridos en combate (Gaitán, 1999, p.25).

En relación con las acciones que tuvieron que ejecutar los soldados rasos en los campos de batalla con los cadáveres, enfermos y heridos, debido a las condiciones y apuros de la guerra, el entierro como una práctica social que es parte de la vida cotidiana como excepcionalidad, dentro de la guerra se transforma en una constante del cotidiano: esto transforma los modos y significados, ya no siendo más el entierro un momento de conmoción y unión comunal cuando se reconoce a la persona, sino una actividad masiva donde se queman muchas personas con la finalidad de menguar los olores, las epidemias y limpiar el campo de batalla.

Un caso fue, el presentado por soldados que participaron en la batalla de Peralonso: “durante la noche, llevaban un farol y a su luz contemplaban los cadáveres, unos tenían una expresión plácida en la cara aunque una cuchillada les hubiera sacado los intestinos como un racimo” (Mazuera, 2000, p. 50)

Finalmente, a partir de un suceso histórico social y excepcional como la guerra de los Mil Días, esta investigación logro analizar la reconfiguración de la vida cotidiana de los soldados rasos;

sus experiencias permitieron observar un panorama diferente a los estudios convencionales como es el factor humano, las formas de vida, el potencial de las experiencias y reflexiones de sujetos generalmente invisibilizados. Se mostró que la vida cotidiana es una categoría del análisis histórico que logra explicar fenómenos políticos como la ilegitimidad de acciones del Estado en contra del sector popular como el reclutamiento; la ineficiencia del Estado para garantizar las condiciones básicas de existencia para su fuerza militar; y el descontrol sobre los procedimientos constitucionales. Así mismo, a nivel social estuvo la militarización de la sociedad por vías ilegales no solo a través del citado reclutamiento forzoso, sino también por las medidas jurídicas, económicas y culturales tomadas por el gobierno bajo el estado de excepción, que llevó a una deslocalización social expresada en el aumento de robos, saqueos, crímenes, violaciones y agresiones físicas, entre otros, por último, se observó completa la reconfiguración de la vida cotidiana de todos los habitantes del territorio nacional.

De igual forma, el análisis sobre la reconfiguración de la vida cotidiana de los soldados rasos en la guerra de los Mil Días, requirió la construcción y articulación conceptual *entre vida cotidiana y estado de excepción*, y no solo se creó una definición propia para la investigación, anteriormente planteada, sino además, se asumió el debate teórico en torno a la no aplicación de la categoría de vida cotidiana, para el estudio de sucesos históricos excepcionales o no cotidianos. Esto, según autores como Henry Lefebvre y Agnes Heller ha llevado a que el uso, la definición y la aplicación de la categoría de vida cotidiana en el estudio de ciertos hechos históricos sean limitados y restringido. La construcción teórica de este trabajo permitió afirmar la existencia de la excepcionalidad o los estados de excepción en la vida cotidiana, como parte de esta y entendida como un continuo con transformaciones de tipo abrupto y afable. Es evidente que la excepcionalidad o ruptura de la vida cotidiana permite su reconfiguración a partir de las continuidades y discontinuidades que en ella surgen.

BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTE PRIMARIA

1.1. DIARIOS

ARBELAEZ, T. (1936). *Episodios de la Guerra 1899-1903: Campaña del general Cesario Pulido*. Bogotá, Imprenta Nacional.

CABALLERO, L. (1980). *Memorias de la Guerra de los Mil Días*. Bogotá, El Ancora Editores.

CHAPARRO, C. (1936). *Un soldado en campaña: Recuerdos de la Guerra de 1899 a 1902*. Sogamoso, Imprenta Departamental.

COCK, J. (1946). *Memorias de un coronel recluta*. Medellín, Talleres de la Tipografía.

DUQUE RAMÍREZ, F. (2010). *Diario del coronel: presencia antioqueña en la guerra de los mil días*. Medellín, Instituto Tecnológico Metropolitano.

GRILLO, M. (1934). *Emociones de la guerra. Los clásicos de Colombia*. Bogotá, Editor Juan Lozano y Lozano.

GUZMÁN, M J. (1902). *Decretos Legislativos Expedidos Durante la Guerra de 1899 a 1902*. Bogotá: Edición del Boletín Militar.

LATORRE, B. (1938). *Recuerdos de Campaña 1900-1902*. Usaquén, San Juan Eudes.

MAZUERA Y MAZUERA, A. (1932). *Memorias de un revolucionario*. Bogotá, Editorial Minerva.

PONCE M, Á. (2000). *De Clérigos y Generales: Crónicas Sobre la Guerra de los Mil Días*. Medellín, Panamericana.

SOCARRAS, S. (1935). *Recuerdos de la Guerra de los Mil Días*. Santa Marta, Tipografía Escofet.

1.2 ARCHIVOS DOCUMENTALES

Infométrica | Serie Sociales y Humanas

AGN, Sección: Asuntos Oficiales; Fondo: Correspondencia y ordenes (Ministerio de Defensa Nacional); Tomo: 296; Folio: 101-105.

AGN, Sección: Asuntos Oficiales; Fondo: Correspondencia y ordenes (Ministerio de D Nacional) Tomo: 296 Folio: 85.

AGN, Sección: República; Fondo: Ministerio de Defensa Nacional; Tomo: Hojas de vida veteranos de la guerra; Folios: 117.

AGN, Sección: República; Fondo: Ministerio de Defensa Nacional; Tomo: Correspondencia y Ordenes; Folios: No enumerados.

2. FUENTE SECUNDARIA

ABELLA, R. (2004). *La vida cotidiana durante la Guerra Civil Española: La España Nacional*. España, Planeta.

ACUÑA, O. *Entre votos y armas: Las elecciones en el Estado Soberano de Boyacá 1863 – 1886*. En Revista Grafía en Español, Vol. 14, Núm. 2, Diciembre 15, 2018.

AGULHON, M. (2009). *El Círculo burgués: seguido de Una pequeña autobiografía intelectual*. Francia, Siglo Veintiuno.

ARANCIBÍA, J. *Comunidad, Tragedia y Melancolía: Estudio para una Concepción Trágica de lo Político*. En Revista Grafía. Universidad Autónoma de Colombia, Vol 10, Núm 2, Julio 14, 2013.

BARRIOS, D. (2003). *Centinelas pueblerinos y campesinos en guardia: vida militar y cotidiana en Antioquia 1853-1876* (tesis de pregrado), Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

BERGQUIST, C. (1981). *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910*. Medellín, FAES.

BURKE, P. (1993). «Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro», en *Formas de hacer historia*, Madrid, pp. 24-25; «La nueva historia socio-cultural», en *Historia Social*, núm. 17, 1993.

CAICEDO, S. *Apropiación y uso del territorio en la colonización campesina en el suroccidente del departamento de Cundinamarca en la segunda mitad del siglo XIX*. En Revista Grafía. Universidad Autónoma de Colombia, Vol 12, Núm 1, Octubre 1, 2015.

CASTRO CARVAJAL, B. (1996). *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Bogotá, Norma.

CFL de la Torre. Miguel Nazar Haro y la Guerra Sucia en México. En Revista Grafía. Universidad Autónoma de Colombia, Vol 10, Núm 1, 2013.

DE CERTEAU, M. (1990) *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer y La invención de lo cotidiano. 1 Habitar, cocinar*. México, El oficio de la historia.

ESPAÑA, G. (2013). *El país que se hizo a tiros: guerras civiles colombianas (1810-1903)*. Cota, Random House Mondadori.

GAITAN CRUZ, M C. (1999). *La Enfermería en Colombia: Orígenes de audacia y compromiso*. Colombia, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC).

GEERTZ, C. (2000). *La Interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.

GM Morales. Impostando la voz del pueblo. Poesía política de pariencia popular en la Nueva Granada. En Revista Grafía. Universidad Autónoma de Colombia, Vol 13, Núm 2, 2016.

GONZÁLES, B. (2002). *“Artistas en tiempos de guerra: Peregrino Rivera Arce”*. Bogotá, Editora Arco.

GONZALES, F. (1999). *Partidos políticos y poder eclesiástico*. Colombia, CINEP.

GRUPO DE INVESTIGACIÓN RELIGIÓN, CULTURA Y SOCIEDAD. (2005). *Ganarse el cielo defendiendo la religión: guerras civiles en Colombia, 1840-1902*. Medellín, Universidad Nacional.

GUBER, R. (2011). *La Etnografía: método, campo y reflexividad*. Argentina, Siglo XIX.

HELLER, A. (1972). *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*. Barcelona, Ediciones Grijaldo, S.A.

HERNÁNDEZ NIÑO, N. (2008). *Guía de estudio de historia militar III: Historia militar de Colombia*. Bogotá, Departamento de Historia Militar, Escuela Militar de Cadetes General "Jose María Córdova".

JARAMILLO URIBE, J. (1997). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX 1964*. Bogotá, Planeta.

JARAMILLO, C. (1991). *Los guerrilleros del novecientos*. Bogotá, CEREC.

KALMANOVITZ KRAUTER, S. (2008). *La economía de la Nueva Granada*. Bogotá, Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

LEFEVBRE, H. (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid, Alianza Edi.

MARTINEZ, A. (2006). *Guerra de los Mil Días*. Bogotá, Revista Credencial Historia, enero 2006, edición 121.

MARTÍNEZ, A. (1999). *La Guerra de los mil Días: testimonios de sus protagonistas*. Bogotá, Planeta.

MEISEL ROMA, A; RAMÍREZ, M T. (2010). *Economía colombiana del siglo XIX*. Bogotá, FCE, Banco de la República de Colombia.

MELO, J O. (1979). *La evolución económica de Colombia 1830-1900* en Manual de Historia de Colombia. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura.

MÚNERA, A. (2005). *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá, Planeta.

ORLANDO MELO, J. (1986). *Núñez y la constitución de 1886: triunfo y fracaso de un reformador*. Bogotá, Banco de la República.

PABÓN, W. *El sentido de la muerte y la crueldad durante la Primera Guerra Mundial*. En Revista Gráfica. Universidad Autónoma de Colombia, Vol. 11, Núm. 2, Julio 15, 2014.

PALACIOS, M. (2003). *Entre legitimidad y la violencia Colombiana 1875-1994*. Bogotá, Grupo Editorial Norma.

PARADA, G. *Sensacionalismo, justicia y gobierno en la prensa neogranadina, 1830-1858*. En Revista Grafía. Universidad Autónoma de Colombia, Vol 11, Núm 2, Julio 15, 2014.

RABINOVICH, A. (2013). *Ser soldado en las guerras de Independencia: La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata, 1810-1824*. Argentina, Sudamericana.

SÁNCHEZ, G. (2001). *Memoria de un país en guerra: Los Mil Días 1899-1902*. Colombia, Planeta.

TIRADO MEJÍA, Á. (1976). *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Bogotá, Colcultura.

TOPOLSKY, J. (1997). *Metodología de la historia*. Madrid, Catedra.

TOVAR, H. (2001). *Tras las huellas del soldado Pablo*. En Memoria de un país en guerra: Los Mil Días 1899-1902. Bogotá: Editorial Planeta.

TRAVERSO, E. (2009). *A sangre y fuego: de la guerra civil europea 1914-1945*. Buenos Aires, Prometeo Libros.

WALTON, J; LÜDTKE, A; RIDOLFI, M; FOLGUERA, P; GRACIA, J. (1995). *La historia de la vida cotidiana*. España, Luis Castell s, ed. No. 19.

WODAK RUTH, M M. (2003). *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona, Gedisa editorial.